

Si algun valer tienen nuestros artículos, es la buena fe con que están escritos, buena fe que deseamos que reconozca é imite nuestro adversario *El Pensamiento*, quien no debe extrañar que en cierto modo tenga que salir incompleto nuestro propósito. *El Pensamiento* dice que Hegel es impío, ateísta ó egoteísta. ¿Cómo hemos de probar nosotros lo contrario, á no entrar en un profundísimo exámen de la filosofía de Hegel, para lo cual seria menester, no ya escribir cuatro ó cinco artículos, sino muchos volúmenes? Bastante más de 400 páginas emplea Willm en exponer y juzgar á su modo la filosofía de Hegel, y confiesa que es imperfectísimo su trabajo y que presenta innumerables oscuridades. Un volúmen no pequeño ha escrito Vera á fin de dar una noticia somerísima y general de la filosofía de su maestro, y no se ha de confesar que lo consigue. ¿Cómo, pues, hemos de lograr nosotros, en dos ó tres columnas de un periódico, no sólo exponer tan grande y enciclopédica filosofía, sino responder á todos los ataques y desvanecer todas las objeciones que se han presentado contra ella? Al reflexionar en esto, casi nos arrepentimos de haber emprendido esta tarea, de habernos empeñado en esta discusión, y de no haber imitado el discreto y sábio silencio de los señores catedráticos de la Universidad central. Menester es ser profanos, menester es no ser filósofos, como ya hemos confesado ingénua y modestamente que no lo somos, para responder á las provocaciones de *El Pensamiento*, y

entrar con él en una lucha, que es por sí sola una negación de toda filosofía, un aniquilamiento de la ciencia, una reduccion de los conceptos más sublimes de la mente humana á la más deplorable y sándia vulgaridad.

Sin embargo, ya que hemos empezado la controversia, hemos de proseguirla, á pesar de todos nuestros escrúpulos, aunque para hacerla más fácil, nos limitemos á contestar á las no probadas acusaciones de *El Pensamiento*, sin penetrar en lo profundo de la doctrina de Hegel y sin guardar más orden que el que guarda dicho periódico, esto es, sin guardar orden alguno.

La primera acusacion de *El Pensamiento* contra Hegel, es porque Hegel afirma que Dios está en lo que ha de ser, que Dios es lo que ha de venir, que Dios es *in fieri*. Mas claro: Dios no es hasta que por completo se conoce. Dios se conoce en la inteligencia ó en la razon, y la razon, que está en el hombre, no ha llegado á conocer á Dios por completo. Lejos de encubrir con sutilezas el concepto de Hegel, le presentamos, á propósito, de la manera más descarnada y vulgar, á fin de que la blasfemia, real ó aparente, se disimule menos. Veamos ahora si hay, en efecto, esa blasfemia. Desde luego tendrá que confesar *El Pensamiento* que si Hegel, al hablar aquí de Dios, habla de la idea de Dios, no blasfema, sino que expresa un concepto enteramente cristiano. Dios no es; Dios, en su plenitud, no está en el alma humana, sino como un llegar á ser, como una esperanza, como un deseo, que sólo realizarán ó el amor ó el conocimiento, ó la reli-

gion, ó la filosofía, ó por mejor decir, ambas cosas. Por esto exclamaba S. Agustin: «Dadme gracia, Señor mio, para que yo sepa y entienda cuál de estas dos cosas es la primera: ó invocaros ó loaros; ó si es primero el invocaros que el conoceros. Pero ¿cómo os invocará el que no os conoce?»

Hasta aquí, esto es, en el supuesto de que ese *llegar á ser* de Dios se entiende de su *idea* y no de Dios mismo, nos parece que no contradirá nuestra explicacion *El Pensamiento*, ni la tendrá por heterodoxa. Salvo para algunos bienaventurados que por amor y conocimiento han poseído á Dios y se han unido á Dios en esta vida mortal, para todo el género humano, que es de lo que aquí se trata, Dios está en el *llegar á ser*, *Gott ist in werden*. Pero replicará *El Pensamiento*: «Nosotros negamos el supuesto, porque si bien Hegel, al hablar de Dios, habla de la idea de Dios, Hegel confunde, identifica y unimisma lo real y lo ideal, por manera que esa idea de Dios y Dios son una sola cosa. Dios, por lo tanto, no tiene conciencia de sí hasta que el hombre llega á tenerla de Dios. La *idea* se desenvuelve en un perpétuo *llegar á ser*, y ese desenvolvimiento perpétuo, ese progreso infinito, ese movimiento sin reposo, es lo que Hegel llama Dios; lo cual es una espantosa blasfemia.» Salvo que estas cosas no se deben entender de un modo grosero, ni se pueden expresar en términos vulgares, ni se comprenden aisladamente, y antes bien parecen, explicadas así, extravagancias ó dislates ininteligibles, como lo parecería el cálculo integral á uno que no supiese ni geometría, ni

álgebra, creemos que es posible responder *vulgarmente* á las antedichas dificultades, y vamos á intentarlo. Reflexione *El Pensamiento* en que todo el *proceso* de la *idea*, en que todo ese desarrollo progresivo, en que todo ese adelanto de la indeterminacion á la determinacion, del *Ser* en abstracto, que se confunde con la *Nada*, al *Ser* que todo lo contiene en sí, y del pensamiento que se ignora al pensamiento que se replega en sí y se conoce, todo se da ó se pone ó se construye dentro de la nocion, ó mejor dirémos dentro de la categoría de tiempo, de duracion, que es una forma de nuestro entendimiento limitado. Rompa, luego, con la imaginacion ese limite, salve la barrera del tiempo, y ya no habrá para la *Idea*, ni pasado, ni futuro, sino que vivirá y será en una eternidad inmutable, en la plenitud de su esencia, y con todas las perfecciones y atributos que en sí contiene, los cuales no llegarán á ser, sino que serán en lo eterno y desde *ab eterno*.

Después de que nuestro estimado colega haya concebido esa eternidad, vuelva á leer las palabras de Balmes, que cita en su artículo, y que son como siguen: «La *Idea* de Hegel es una especie de abismo sin fondo; el *ser* absoluto, encerrado en sí mismo en cuanto no contiene las esencias ó los tipos ideales de todo, anteriormente á toda manifestacion, forma el objeto de la lógica.... A esta época de ensimismamiento sigue otra de manifestacion en el espacio; hé aquí la naturaleza, el mundo corpóreo. A esta sucede la concentracion, una especie de reversion sobre sí mismo; entonces nace la conciencia; hé aquí el espiri-

tu. Esta conciencia va perfeccionándose; llega al estado de libertad, se desenvuelve en el arte, en la historia, en la religion, y se manifiesta en la filosofia absoluta.»

¿No conoce ya *El Pensamiento* que las objeciones que ha presentado, tienen más de burla pedestre que de serias y de profundas objeciones? Pues qué, ¿hemos de concebir este desenvolvimiento de la *Idea*, dentro de un tiempo divisible y hasta cierto punto finito y hemos de decir: «Dios estaba ocioso y ensimismado hasta el año de tantos en que creó el mundo, etc., etc., etc.» ¿No comprende *El Pensamiento* que esta burla, si algun valer tuviese, lo mismo se volveria contra la filosofia de Hegel que contra las cosas más santas? ¿Qué hacia Dios, solo con su Verbo, hace siete u ocho mil años, antes de que crease el mundo? ¿Dónde estaba su Verbo? ¿Qué manifestacion daba de su sabiduria y de su omnipotencia creadora? ¿Estaba Dios ensimismado y ocioso? ¿Era un abismo insondable, era el ser anterior á toda manifestacion, ó qué era? ¿No reflexiona *El Pensamiento* que esto es encerrar dentro del tiempo al Sér infinito, y querer explicarle despues, sujetándole á las condiciones del tiempo, en el cual viven ó se manifiestan los seres finitos? ¿Cuándo ha dicho Hegel, ni cuándo ha dicho nadie, que no pretenda travesear y divertir un poco á la gente *devota*, que Dios, segun ciertos impíos, se está formando y va creciendo, y que en tal época era de este modo y ahora de estotra? El proceso de la *Idea*, el incesante movimiento progresivo de la historia, lo

real y lo ideal, que son una cosa misma en la filosofia hegeliana, no podemos menos de concebirlos nosotros, en nosotros, como una sucesion, como una duracion, porque vivimos en el tiempo; pero en Dios mismo, ¿cómo han de entenderse por un arte tan rastrera?

Lo propio ó algo semejante puede decirse de la *inmanencia* de las cosas en Dios. Dios está presente en todas las épocas, en todos los *momentos*, y nuestro colega divide á Dios en *momentos*, y le divide como si fuera divisible, á fin de burlarse de Hegel, que no le ha hecho daño ninguno. Lo mismo puede hacer con el espacio, materializando á Dios, y dividiéndole y localizándole en el espacio, á fin de presentarnos la filosofia de Hegel como un panteismo absurdo.

El Pensamiento no quiere reconocer que causaria mucho daño á la religion, si la religion pudiera sentirse de sus ataques involuntarios, con esa mania que tiene de hacer creer que todos los nobles y grandes espíritus del siglo presente son enemigos de la religion. Por otra parte, ¿qué sano juicio puede haber en querer persuadirnos de que Hegel era un loco? ¿Y á propósito de qué acusa *El Pensamiento* de locura á Hegel? A propósito de que Hegel ha dicho que hay una razon superior al sentido comun y aun al entendimiento vulgar y no filosófico. Parece imposible que la pasion ciega hasta tal punto á *El Pensamiento*. Para responder á esta última diatriba, no es menester ni remotamente apelar á nada científico, ni á nada filosófico. El mismo sentido comun se encarga de demostrar que hay algo por cima del sentido comun. No tenemos

para qué engolfarnos en las distinciones y explicaciones de Hegel sobre la razón, el entendimiento y otras facultades del alma. En cualquiera cosa, hasta en la más trivial, se ve que el sentido común yerra, y que una razón superior le corrige. El sentido común nos ha dicho, por ejemplo, durante muchos siglos, que el sol giraba en torno de la tierra, y sólo hará doscientos ó trescientos años que la razón superior nos descubrió, por medio de Copérnico y de Galileo, que era la tierra la que giraba.

Otra acusación contra Hegel y contra el Sr. Canalejas se funda en esta frase: «Hegel establece la identidad *sobre* lo contradictorio.» Sólo á *El Pensamiento* y á los de su secta se les puede ocurrir, sin entrar en más exámen ni aclaraciones, el afirmar que esta *identidad*, no de lo contradictorio, sino establecida *sobre* lo contradictorio, vale tanto como decir que lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo torpe y lo honesto, el ser y el no ser, la verdad y la mentira son una misma cosa. Esa no sería unidad ó identidad *sobre* lo contradictorio, sino *de* lo contradictorio. Esa no sería una síntesis superior en que se resolvería la antítesis, sino la ridícula suposición de que dos tésis contrarias eran una misma tésis, aun en el momento de ponerse como contrarias, y sin atender á un principio más alto que viniese á conciliarlas y á comprenderlas. Por lo demás de esta identidad ó unidad *sobre* todo, hasta *sobre* lo contradictorio, es Fr. Luis de Leon tan apasionado como Hegel. El Sr. Nuñez de Arenas, citó, en su discurso inaugural, un párrafo en que terminantemente

se dice: «Consiste, pues, la perfección de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todos en mí y yo en todos los otros, y teniendo yo su sér de todos ellos, y todos y cada uno de ellos teniendo el sér mio, se abrace y eslabone toda aquesta máquina del universo y se reduzca á unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas, se mezclen, y permaneciendo muchas, no lo sean, y para que extendiéndose y desplegándose delante los ojos la variedad y la diversidad, venza y reine y ponga su silla la unidad sobre todo.» ¿A ver si esto no es pedir también la identidad *sobre* lo contradictorio? ¿A ver si este anhelo, segun el citado Fr. Luis, no es, si llega á cumplirse, la perfección de todas las cosas, que siendo *una* y conteniendo á las demás en sí, se acercan á Dios, que en sí lo contiene todo; esto es, que todo lo concilia, que todo lo identifica, y que está *sobre* todo, sin que haya nada para él contradictorio, porque lo contradictorio está por bajo de Dios, en nuestro entendimiento? Así es que nuestro entendimiento se acerca más al divino, conforme va resolviendo contradicciones y reduciéndolas á la unidad superior á que aspira.

Decididamente, si Fr. Luis de Leon hubiera vivido en nuestros días, *El Pensamiento* le hubiera condenado como impío, y hubiera clamado para que los padres no enviasen á los hijos á la universidad á oír sus explicaciones.

Excusado sería repetir en cualquiera otra ocasión, pero no lo es cuando se disputa con *El Pensamiento*,

que no exponemos aquí la doctrina de Hegel, ni la defendemos en todo y por todo de los ataques que contra ella se han dirigido, ni respondemos de las interpretaciones impías que, ora sus adversarios, ora sus más exagerados y vehementes discípulos, han podido darle. Nosotros no defendemos más que á un catedrático de la Universidad central, y con él á los demás catedráticos, por lo que aceptan ó se puede suponer que aceptan, en vista de sus escritos, de la doctrina de Hegel; y á estos los defendemos sólo de las acusaciones de *El Pensamiento Español*. Entrar en otras cuestiones sería muy hondo para nosotros; estaria por cima de nuestro cortísimo saber, y no vendria á propósito en un periódico político.

Nosotros, al defender á los catedráticos, defendemos al gobierno, al consejo y á la direccion de Instruccion pública, al orden de cosas actual, en cuya virtud esos catedráticos enseñan. Y lo confesamos con lealtad á *El Pensamiento*: sus razones serian válidas, tendrian por lo menos bastante vigor, en nuestro sentir, si probasen que los tales catedráticos eran heterodoxos en sus escritos y no estaban conformes con la doctrina cristiana. Nosotros amamos y deseamos la libertad del pensamiento; queremos que todo ciudadano pueda emitir libremente sus ideas; pero en la Constitucion presente del Estado, el Estado es católico, exclusivamente católico, y la educacion que da ha de ser exclusivamente católica tambien. Y no se arguya que los catedráticos pueden escribir de un modo para el público y enseñar en el aula de otro modo. Esta defensa es

una ofensa; es dudar de la buena fe de los catedráticos, es declararlos hipócritas. Los catedráticos, si son dignos como no lo dudamos, no pueden fingir creencias oficiales que no tienen.

La cuestion, pues, está en demostrar, como creemos haber demostrado, que esa heterodoxia de los catedráticos es una mala cavilacion de *El Pensamiento*, el cual comprende de una manera estrechisima, así la religion de nuestros padres como las ideas modernas que no pueden menos de tener y en que no pueden menos de estar embebidos los hombres científicos de ahora. Por eso no acierta á concebir *El Pensamiento* que pueden muy bien conciliarse estas cosas, y que, aún suponiendo que Fichte y que Hegel y que Krause fuesen unos impíos, pueden ser krausistas, fichtianos ó hegelianos los catedráticos de ahora, como los catedráticos de hace dos siglos eran estóicos, platónicos, ó peripatéticos, sin que Crisipo, Platon y Aristóteles fuesen canonizados.

Hasta ese mismo endiosamiento del hombre, que tanto espanta á *El Pensamiento Español*, puede explicarse y se explica católicamente, y no dudamos de que así lo explicará todo catedrático de nuestras universidades é institutos, por hegeliano que sea. Esa fusion del objeto y del sujeto por medio del pensamiento, ese acuerdo entre la inteligencia y lo inteligible, que para ser inteligible ha de ser comprendido, tiene que ponerse en la misma inteligencia é identificarse con ella, es un aserto tan peregrino, tan raro, que repugne y escandalice á los oídos piadosos, y que no se haya en-

señado jamás en escuelas cristianas? Reflexiónelo bien *El Pensamiento Español*. Lea á nuestros antiguos filósofos, lea á nuestros místicos, y ya verá cómo el conocimiento y el amor pueden unir é identificar á Dios con el alma, su hechura. Elevándonos á Dios por medio del estudio, que es una oracion y un culto, podemos conocerle y unirnos con él en esta vida mortal. ¿Qué es la filosofía, como dice Platon, más que el apetito de la sabiduría divina? Pues ¿por qué este apetito, este amor no ha de verse jamás satisfecho y pagado? Razona tiene Fonseca en decir: «Mirad lo que ama cada uno, y el nombre de eso que ama, eso le podeis llamar.» Y así dice S. Agustín: «Si tierra amas, tierra eres; si cielo, cielo eres; si á Dios, eso decir que eres Dios.» ¿Querrá tambien *El Pensamiento Español* calificar de egoteístas á S. Agustín y á Fonseca?

Sentimos dilatarnos demasiado en estos artículos, que alguien calificará tambien de impertinentes é impropios de un diario, pero aún tenemos que decir algunas cosas, que procuraremos cifrar en otro breve artículo, con el cual pondremos fin á esta cansada serie.

IV.

Nos lisonjamos de haber probado que nuestros católicos, aunque conozcan y sigan en parte las doctrinas de los modernos filósofos alemanes, no incurren, por fortuna, en los errores anti-religiosos que indica *El Pensamiento Español*. En nuestra católica España, nadie se atreve á sostener que el hombre es Dios, que

Dios es el diablo, que el bien es el mal y que el mal es el bien, y otros absurdos, que con tono declamatorio y apocalíptico supuso Donoso Cortés, que enseñan los modernos filósofos, y despues suponen los discípulos de aquel poeta en prosa, para demostrar así la irresistible afinidad de la razon humana con lo absurdo y para entregarse á la más horrible misantropía. Los neos, con el pretexto de justificar á Dios y de ensalzar la Divina Providencia, calumnian, sin mala intención quizás, á la humanidad toda; se parecen á los tres amigos del santo varon de Hus, que, olvidados de que la primera muestra que hay que dar de tener amor y temor de Dios es ser caritativos y buenos con el prójimo, atormentaban á Job y le acusaban de blasfemo y de impío, obligando á aquel modelo de paciencia á que exclamase: «¿Acasó tiene Dios necesidad de vuestra mentira, para que en favor de él habléis con dolo?» Los neos, creyendo tal vez que sirven á Dios, están, como Elifaz, Baldad y Sofar, prestando á Satanás un poderoso auxilio, y procurando que el género humano se aburra, se desespere y blasfeme. Razon tienen los neos en afirmar que no son neos, sino muy antiguos. Elifaz, Baldad y Sofar eran neos como los de ahora.

Entre tanto, los modernos filósofos, tan denigrados, pueden errar y yerran, porque aspiran, porque aman, porque buscan la verdad y á Dios en ella:

Es irrt der Mensch so lang' er strebt;

pero estos errores les serán perdonados por el mismo amor que en ellos les ha hecho incurrir; por esa aspi-

racion de lo infinito que les abrasa el alma y que la lleva á apagar su sed en el océano de lo infinito. La inteligencia podrá extraviarse, pero el corazon busca y halla su digno objeto y permanece unido á él; porque, como dice el místico aleman:

*Wenn du ihm dein Herz gegeben,
So ist auch seines ewig dein.*

Una calidad sobre todas hay que aplaudir en la filosofia alemana y en el gran movimiento científico y literario que ha nacido de ella; una calidad que ejerce, ó ha de ejercer, una influencia benéfica en la ciencia, en la literatura y hasta en las costumbres y en la política de los pueblos neo-latinos; una calidad que resplandece en casi todos los grandes pensadores alemanes desde Leibnitz hasta acá, ora sean creyentes, ora panteistas, ora sean católicos, ora no católicos. Esta calidad es el optimismo. Cándido y el doctor Pangloss no han muerto. Ambos viven aún en Kant, soñando con la paz universal; en Schelling, en Hegel y en Fichte; en Krause tan honrado y tan amoroso; en Goethe que ni acierta á hacer ni quiere hacer del diablo sino un buen diablo, que no está del todo mal con Dios; en los místicos como Novalis; y hasta en los neo-católicos como Jacobi y los Schlegel, que distan mucho de ser maldicientes y aborrecedores del género humano, como nuestros neo-católicos.

Los atrevimientos de algunos filósofos alemanes, sus extravíos heterodoxos, todo nos parece que puede ser modificado y corregido al adoptar su filosofia un cató-

lico. Mejor se puede conciliar con nuestras creencias á Hegel que á Aristóteles, á Fichte que á Zenon, á Krause que á Plotino ó á Porfirio. Lo único de nuestras creencias que nos parece difícil de conciliar, y lo confesamos ingénuamente, es la eternidad de las penas. El sentimiento profundo y excesivamente optimista de la moderna filosofia alemana y el concepto de ese llegar á ser, de ese perfeccionamiento ilimitado, de esa unidad del bien á la cual van á reducirse todas las cosas, se oponen á ello. Pero conviene tener en cuenta que la razon no niega; lo que hace es declarar que no comprende esa tremenda justicia, que no acierta á ponerla en consonancia con la bondad suprema, que no concibe el mal sino como un accidente, como un fenómeno transitorio, efimero, y no como algo de constante, perenne, y en cierto modo coeterno con el bien. Este error generoso, y nos atrevemos á llamarle así, porque en él han incurrido algunos Santos Padres, es el único que podemos llamar irreductible, porque está como en la esencia de la moderna filosofia. Pero ¿no puede el hombre creer por fe algo que su razon se resista á aceptar natural y racionalmente?

No queremos penetrar más adentro en esta cuestion temerosa, y nos limitaremos á citar aquí algunas palabras de Ritter, exponiendo la doctrina de S. Gregorio de Nysa. La exposicion no puede ser infiel: las palabras del santo están citadas por bajo, en el texto original griego: «Cuando S. Gregorio de Nysa celebra el perfeccionamiento de todas las cosas, presupone que, las cosas una vez perfectas, todo mal habrá desapare-

cido. Entonces será la fusion de todas las criaturas en la perfecta hermosura del sér, y no habrá ninguna separacion, ninguna contradiccion, ningun desacuerdo: esta fusion constituirá la fin del mundo ordenada por Dios. Esto se entiende de todos los séres, y en particular de los séres racionales, en quienes reside la verdad del mundo. Todos, sin excepcion, deberán estar reunidos en una fiesta: todas las potencias terrestres y celestiales doblarán allí la rodilla delante del Señor, y reconocerán que Cristo es la honra del Padre. La diferencia entre la vida de la virtud y la vida del vicio consiste en participar más tarde ó más temprano á la felicidad esperada, á la cual es conducido cada uno, segun la medida de sus actos, encaminándose, ó por la recompensa, ó por el castigo, al fin supremo de la vida. El diablo mismo no puede ser excluido de esta magnificencia final que debemos esperar todos. Aunque la redencion deba cumplirse á pesar suyo, y, por decirlo así, con cordicion de vencerle, todavía la redencion debe traerle al bien y al perfeccionamiento. La objecion que se eleva contra la doctrina no preocupa á San Gregorio, porque la justicia es una con la bondad; porque la virtud es una.

Como disputamos con *El Pensamiento*, no tememos hacernos cansados declarando que creemos firmemente en todo lo que enseña nuestra santa madre la Iglesia, y que no ponemos reparo ni dificultad á lo que positivamente ha sido definido por ella. Sólo hacemos notar que, dentro de la construccion meramente racional de la moderna filosofia, no cabe la idea del infierno, como

caben las del purgatorio y del paraíso; pero repetimos que no es menester que el natural discurso venga á corroborar todos los dogmas. Somos católicos antes de ser filósofos, y si la cuestion última de la *Suma* de Santo Tomás no nos convence, la fe nos vence y nos aparta, como sin duda se apartan los catedráticos de la Universidad, del error de Origenes, que ha reprobado la Iglesia.

De otros errores, mil veces más trascendentales, á que la moderna filosofia alemana pudiera conducir á alguien, no tiene *El Pensamiento* el menor derecho de acusar á nuestros catedráticos. La libertad humana está salvada, aunque se afirme el *proceso* de la *Idea*. Tanto vale afirmar científicamente este proceso, como creer religiosamente en la presciencia y en la Providencia, con las cuales, ó bajo de las cuales, y dentro de las cuales se mueve la voluntad libre de toda criatura.

En cuanto á la personalidad de Dios, á afirmar filosóficamente un Dios personal y no una entidad abstracta, debemos decir que toda la filosofia de Krause, tan difundida ya en España, no es más que un esfuerzo maravilloso de la razon para llegar á esa nocion de Dios por medio de la filosofia racional, sin desesperar de ella y sin refugiarse en el sentimiento, reconociendo la incapacidad de la razon, como hizo primero Jacobi, y ahora siguen haciendo los neo-católicos. La filosofia moderna ha tomado un carácter profundamente religioso, y el mayor afan de los más sublimes pensadores de Alemania y de Francia es limpiarla de la mancha de panteismo, sin caer por eso en el deísmo sin alma de

los filósofos del siglo pasado, que apartan á Dios del hombre, y que fingen que Dios

*Arrojó el universo en el vacío,
Leyes le dió, y abandonó su hechura.*

Renan, Julio Simon y Saisset, propenden, al contrario, á llegar, por medio de la ciencia humana, á un concepto de Dios en todo conforme á lo que por fe creemos; y algo semejante, aunque tal vez con mayor profundidad y rigorismo científico, hacen en Bélgica y en España los discípulos de Krause. En España, esta sana, religiosa y moral filosofía se ha difundido y florece, merced á los esfuerzos de una persona respetable y generalmente estimada, del Sr. D. Julian Sanz del Rio, á quien no conocemos personalmente, y cuyo estilo, poco castizo y harto erizado de fórmulas, hemos censurado en no pocas ocasiones; pero cuya honradez, verdadera y profunda piedad, respeto á las leyes é instituciones de su patria, y entrañable amor á la virtud, á la ciencia, y á todo lo bueno y lo verdadero, nos complacemos en proclamar aquí altamente, declarando que no puede estar en mejores manos la férula de preceptor de nuestra juventud.

No negamos que la filosofía, aun dando por cierto que existe una ó que puede existir una que sea *perenne* y universal, segun Leibnitz la deseaba, puede y debe variar en sus accidentes y forma, porque toda nacion grande debe tener su filosofía propia, como tiene su civilizacion, como tiene sus leyes, y como tiene su literatura. En este sentido, no podemos aprobar por

completo la obra del Sr. Sanz del Rio; pero tampoco podemos desaprobala. Toda manifestacion del espíritu nacional está como subordinada á la del espíritu humano, y comprendida en ella, mirando á lo porvenir, y contando ya con todo el anterior desenvolvimiento. Por esto, no se concibe una filosofía, digna de tal nombre, y propia nuestra, sin el prévio saber de la historia de la filosofía y sin haber pasado antes por la iniciacion y adopcion de doctrinas extrañas, nacidas en otras regiones, donde el pensamiento ha mostrado, en estos últimos siglos, mucha mayor actividad que entre nosotros. Los que se oponen á la introduccion de estas novedades deliran, y deliran de un modo peligrosísimo si se oponen en nombre de la fe. En balde clamaban el P. Valcárcel y otros buenos católicos del siglo pasado contra Descartes, Locke y Condillac. Cartesianos católicos hemos tenido despues, como Balmes, y sensualistas católicos, como muchos que seria largo referir. En balde claman ahora los neo-católicos contra Krause: su doctrina, propagada por el Sr. Sanz del Rio, cuenta ya discípulos, como los Sres. Canalejas, Castro y Fernandez y Gonzalez, y no sólo se enseña en esta Universidad central, sino tambien en Granada, en Sevilla, y en otras Universidades y en otros institutos de España.

Supongamos, por un instante, que esto es un mal. ¿Qué remedio halla *El Pensamiento* para sanarle? ¿Quiere que volquemos en el polvo las cátedras de los sofistas, como diria Donoso? ¿Quiere que se marque arbitrariamente una época de la historia en que las na-

